

fue ajena ni independiente del curso de la guerra: “Cada derrota militar, cada bombardeo, cada matanza generada por los insurgentes tuvieron su réplica en la otra retaguardia”. La represión sirvió al control efectivo del territorio, pero también dio rienda suelta a los mitos y estereotipos culturales. La violencia contra el clero fue comparativamente alta y rápida: en la provincia de Ciudad Real se asesinó a 125 miembros del clero regular y 60 en los primeros días, generalmente en pueblos distintos al de su origen. El autor considera que esto fue un signo de cierto anticlericalismo atávico, pues durante la Segunda República no sucedieron hechos que lo expliquen. La cultura política de la izquierda revolucionaria influyó enormemente en esa violencia.

La sociología de las víctimas es realmente diversa. Cabe señalar que en este caso la lucha de clase no tiene

tanta importancia como el pasado político. Tampoco comparte el autor la idea de los incontrolados: pocas veces los artífices de la violencia de retaguardia lo fueron. Entre ellos destacaron los socialistas, aunque fue una acción en la que participaron tanto los republicanos, como los anarquistas y los comunistas. En los pueblos pequeños hubo poca represión e incluso hicieron fuerza ante la violencia que llega desde el exterior. Esta se concentra en los grandes pueblos manchegos de la provincia, en el triángulo que forman Ciudad Real, Valdepeñas y Alcázar de San Juan.

En definitiva, estamos ante un estudio imprescindible para todos aquellos que quieran conocer el repertorio de las razones de la represión y las lógicas de la violencia a partir del caso de la provincia de Ciudad Real.

CARLOS GREGORIO HERNÁNDEZ

José Miguel GAMBRA GUTIÉRREZ, **La sociedad tradicional y sus enemigos**, Madrid: Guillermo Escolar Editor, 2019, 238 p., ISBN 9788417134693

Como señala la introducción de esta obra, el carlismo es, “con casi doscientos años de existencia, uno de los grupos políticos más antiguos de Europa” (p.18). A lo largo de todo ese tiempo, su pensamiento se ha ido transmitiendo, siempre fiel a sus principios originarios, de generación en generación. El profesor José Miguel Gamba (Pamplona, 1950) es uno de los mejores exponentes actuales de ese pensamiento, como ya lo fuera antes su padre Rafael Gamba. En *La sociedad tradicional y*

sus enemigos, el autor se propone hacer una exposición breve de los aspectos más esenciales del tradicionalismo. Pese a la dificultad de semejante tarea, la obra cumple de forma notable con su objetivo y ofrece una visión de conjunto clara, coherente y accesible.

A través de sus páginas se tratan algunos de los grandes problemas políticos como la relación Iglesia-Estado, el bien común, el nacionalismo, las formas de gobierno o el dilema entre centralización y descentralización.

Muchos de estos debates han sido ya tratados en profundidad desde la perspectiva tradicionalista por autores como Francisco Elías de Tejada, Álvaro D'Ors, Miguel Ayuso o Danilo Castellano, además de por los propios Rafael y José Miguel Grambra, y ello aparece reconocido en el propio libro en una bibliografía recomendada. En este sentido, el libro bebe del trabajo de muchos de estos y otros autores en torno a la revista *Verbo* en las últimas décadas. El mérito de esta obra está en ofrecer una síntesis que recoge todas estas aportaciones en un compendio del pensamiento político carlista que viene así a actualizar con la más reciente producción intelectual obras clásicas como *Cristiandad, Tradición, Realeza* de Luis Hernando de Larramendi o *¿Qué es el carlismo?* de Francisco Elías de Tejada.

Por su propia concepción, no se trata de un trabajo de Historia sino de Teoría Política, que deja de lado el desarrollo histórico del movimiento carlista para ir a la raíz de su pensamiento. Grambra, catedrático de Lógica de la Universidad Complutense, parte de Aristóteles para hacer un análisis filosófico, de marcada inspiración tomista. En su opinión, “los autores carlistas mantuvieron una doctrina muy similar a la de los autores clásicos y llegaron a conclusiones prácticas coherentes [...] lo cual permite, hasta cierto punto, confirmar la universal validez de la teoría tomista” (p. 205). La sociedad tradicional se basa así en una visión naturalista en la que los hombres pueden conocer la realidad

que les rodea y entenderla a través de la razón y la experiencia con ayuda de la Revelación. En este sentido, la obra no busca esa neutralidad aséptica que engañosamente pretenden muchos tratados de pensamiento político, sino que abiertamente reconoce la Fe Católica y a su Iglesia como normas supremas que han de orientar a la sociedad tradicional.

Como el propio título del libro sugiere, para entender la sociedad tradicional hay que contraponerla a sus enemigos. El paralelismo con *La sociedad abierta y sus enemigos* de Popper, como el autor indica, no va sin embargo más allá del título. Grambra pretende “reducir a unidad la inmensa caterva de enemigos” (p. 227) que identifica con una misma “raíz del mal”: el liberalismo. Resulta especialmente interesante como se traza toda una cadena de antecedentes del pensamiento moderno que empieza con el nominalismo de Ockham y su crítica a la escolástica tomista y sigue con el Renacimiento, la Reforma protestante y la Ilustración hasta desembocar en la eclosión del liberalismo en el siglo XIX. El libro pone el foco en la sustitución de la visión clásica naturalista por un racionalismo que niega la posibilidad de conocer el sentido teleológico de la realidad. Incapaz de encontrar una respuesta racional a los dilemas éticos del hombre –¿qué está bien y qué está mal? ¿qué se debe hacer y qué no? ¿cuál es nuestro fin último?–, se da la paradoja de que el racionalismo acaba reduciendo toda la moral a la pura voluntad irracional, pues si no hay una

respuesta correcta para estas preguntas la única solución se halla en seguir los impulsos de nuestra voluntad. De esta paradoja de la modernidad se desgajan todas las ideologías modernas, que Gamba agrupa en dos bloques: las que interpretan esa voluntad desde el punto de vista individualista, como los deseos particulares de cada uno de los ciudadanos –las democracias liberales– y las que funden todas esas voluntades en una “voluntad popular” o “nacional” superior que encarna el Estado – los totalitarismos fascistas y comunistas–. Unas y otras, aunque enfrentadas entre sí, parten por lo tanto de una base filosófica común y contraria a la concepción tradicional.

Particular interés tiene el capítulo dedicado al liberalismo católico y los intentos de combinar la doctrina de la Iglesia con el pensamiento moderno. Aunque somero, se hace un repaso histórico de las corrientes liberales dentro de la Iglesia desde la Revolución Francesa hasta la obra de Maritain y su influencia en el surgimiento de las democracias cristianas de posguerra. Gamba señala la adopción por am-

plios sectores el catolicismo de la idea liberal –y luego marxista– del progreso hacia un paraíso terrenal y como ha justificado una retirada gradual de la religión en la esfera pública.

Pero lejos de construir todo su relato por oposición, el libro presenta una importante parte propositiva y constructiva que intenta explicar la respuesta del carlismo a los grandes interrogantes que plantea la vida política. Al hablar de los enemigos de la sociedad tradicional, Gamba pretende “elevarse hasta los principios y alcanzar una visión de conjunto” (p. 218) del mundo actual que demuestre la vigencia y, en su opinión, la radical necesidad del pensamiento carlista como una enmienda a la totalidad. En cualquier caso, tanto para quienes se dejen convencer por esta llamada a la acción como para quienes no, *La sociedad tradicional y sus enemigos* es una muy recomendable primera aproximación a los fundamentos del carlismo no como fenómeno histórico, sino como movimiento político.

JORGE ÁLVAREZ PALOMINO